



UNA NOCHE DE LLUVIA

Itziar Pascual



# Fragmento

*El cine empieza donde acaba la felicidad.*

ISABEL COIXET

---

*(Sonidos de conversaciones, alguna risa, pasos. Resuena a lo lejos una melodía interpretada por una orquesta sinfónica. ÉL y ELLA. ÉL, que guarda un gran parecido con Eusebio Poncela, camina despacio cogido del brazo de ELLA, que se parece extraordinariamente a Candela Peña.)*

ELLA.— Bueno, pues ya está. Sólo nos falta subir la rampa. Una rampa de unos dos metros, de mármol blanco brillante. Tiene una barandilla dorada a la derecha. Un poco pretencioso, ¿no te parece? En frente tenemos las puertas de acceso. Están abiertas de par en par. Tranquilo, no hay escalones. Y ahora la salida. Otros diez metros de mármol, pero éste es menos brillante. Hay manchas de pisadas. A tu izquierda, ya lo sabes, está la taquilla. A la derecha hay fotografías expuestas. *(Sonido de un trueno.)* Vaya. Bueno, pues ya... *(ELLA va a retirar su brazo pero ÉL la retiene.)*

ÉL.— No es mármol.

ELLA.— ¿Cómo?

ÉL.— La rampa. No me creo que sea de mármol. No, no me lo creo.

ELLA.— Yo diría...

ÉL.— Imposible. Demasiado caro. ¿De qué color son las vetas?

ELLA.— ¿Vetas?

ÉL.— Terrazo. Incluso granito. Mármol no.

ELLA.— No sé mucho de...

ÉL.— Evidente. Pero dijiste mármol. "Mármol blanco brillante". ¿No es eso?

---

ELLA.— Yo... Yo no...

ÉL.— "Mármol blanco brillante". Lo dijiste.

ELLA.— Sí, pero... Yo... Me pidió que le acompañara a la salida, nada más. Me hace daño.

ÉL.— ¿Por qué me tratas ahora de usted? (*Pausa.*)

ELLA.— (*ELLA se aleja de ÉL.*) Mira, yo sólo quería ayudar y...

ÉL.— Eso está mejor. Lo de volver a tratarme de tú. Lo de ayudar es una gilipollez. ¿Qué tiene que ver mentir con ayudar? ¿Eh? Di. Contesta. Yo te lo diré. Crees que soy ciego y que te necesito. Que sin ti tropezaría. ¿Con los ceniceros de pie? Tal vez. O con el puesto de palomitas de la izquierda. Por cierto, son horribles los uniformes de esas chicas. Odio el tergal.

ELLA.— Me voy.

ÉL.— ¿Tienes un cigarrillo?

ELLA.— No. No fumo.

ÉL.— Espera. Espera. Estás nerviosa. Te sentará bien un cigarrillo.

ELLA.— Le he dicho que no fumo. ¿Y cómo sabe que son de tergal?

ÉL.— Demasiado baratos. Y por favor, tutéame.

ELLA.— Me da lo mismo. (*ELLA se va.*)

ÉL.— Tú querías hacerlo bien. Lo estabas haciendo bien. Ese timbre, ligeramente agudo, pero suave, femenino. Sonreías al hablar. Un tono agradable, lo confieso, pero con un ligero velo de opacidad. ¿Seguro que no fumas? Pero te confiaste. Tenías que empezar a trastocar la imagen, a desvirtuarla. A interpretarla. Y yo, ingenuo, tendría que creerte. Porque soy ciego. ¿Sí? Pues no. Les pasa a todos los actores de doblaje. Ensucian, manchan, oscurecen. Lo oscurecen todo. Lo corrompen. Ése es el problema.

ELLA.— Adiós.

ÉL.— ¿Qué hora es?

ELLA.— (*Silencio.*)

ÉL.— Perdona. No he querido ofenderte. Dime qué hora es.

ELLA.— (*Silencio.*)

ÉL.— ¿Las once y media, tal vez?

ELLA.— Tal vez.

ÉL.— Deberías dejar de fumar. ¿Cuántas octavas has perdido ya?

---

Al principio es imperceptible. Son los agudos. Los medios y los bajos parecen inalterables. Pero no. Van cayendo también, pierden brillo. ¿No lo notas?

ELLA.— No.

ÉL.— Es cuestión de tiempo. ¿Cuántos al día? ¿Diez, quince?

ELLA.— Le he dicho que no fumo.

ÉL.— Me alegro de que lo hayas dejado. No es bueno para tu oficio.

ELLA.— (Seca.) No le he dicho en qué trabajo.

ÉL.— ¿Hace falta? Yo creo que no. Esa obsesión barroca por lo explícito, ese deseo de describirlo todo con la voz, negando la atmósfera, regodeándose en los detalles hasta pervertirlos, anulando la esencia de las cosas... Gajes del oficio.

ELLA.— Puede que la rampa no sea de mármol. Puede que los uniformes sean de tergal. Pero no sabe nada de mí. Y ahora escuchará unos pasos. A la izquierda, la calle Fuencarral y el Metro de Quevedo. A la derecha, un par de zapaterías, el aparcamiento, (*sonriendo*) una óptica... y la Glorieta de Bilbao.

ÉL.— Lo admito. Eso no ha estado nada mal. Esa ondulación al pronunciar la palabra "óptica", con la ironía justa. Ni más ni menos. Deberías dejar el doblaje.

ELLA.— (*Enfurecida.*) ¿Pero quién se cree que es? Me pide que le acerque a la salida y empieza a decirme lo que tengo que hacer y lo que no y se inventa cosas sobre mí... Dé gracias que no llamo a los acomodadores... Es usted...

(*ELLA se aleja decidida unos metros. Permanece observándole un instante. Ofuscada, busca en su bolso un paquete de cigarrillos. No lleva mechero. Se aleja con el cigarrillo en la mano.*)

ÉL.— (*En voz alta, sonriendo.*) Lo lamento. No tengo fuego. (*Pausa.*) Eres inteligente. Tienes talento. Pero tienes miedo. Por eso no ves. Por eso cambias las cosas, las perviertes para que queden mejor. ¿Más bonitas? No. Sólo falsas. Tú podrías hacerlo mejor que ella. ¿Cómo se llama esa actriz? Has visto la película, sí, pero no veías su rostro, veías el tuyo. Tu rostro sonriendo en la pantalla. No te conformes con la oscuridad. La

---

ilusión es mentirosa.

ELLA.— (*Vuelve hacia ÉL.*) ¿Quién eres? (*Silencio.*) ¿Quién eres?

ÉL.— Un ciego.

ELLA.— Un ciego que ve.

ÉL.— ¿Has oído hablar de Tiresias?

ELLA.— No.

ÉL.— Todos juran buscar la verdad. Y la tienen ahí, ante sus ojos. Pero no la ven. La buscan sin buscarla. Prefieren creer que alguien se la está robando. Alguien que les odia. Y se alimentan de sueños, de mentiras, de ficciones. Convierten su vida en una película. Cambian el final, el medio, el principio. Así queda mejor. Ahora su papel es el que querían: protagonistas, héroes... a veces víctimas inmoladas. Cuentan la película y la vuelven a contar... ¿Dónde queda la historia? ¿Y la verdad? Se están engañando. (*Pausa.*) Muchos lo prefieren. ¿Tú también?

ELLA.— No entiendo. No entiendo nada.

ÉL.— Me suele ocurrir.

ELLA.— Pero usted... Pero tú... Tú sabías...

ÉL.— No me sirve de mucho. A veces la verdad se me agolpa en el estómago, sin poder salir, y se convierte en impotencia. A veces me gustaría gritarla y no me oyen. (*Pausa.*) A veces parezco cruel.

ELLA.— Sí. (*Pausa.*) Van a cerrar ya.

ÉL.— Tranquila. Yo me quedo.

ELLA.— Pero...

ÉL.— Observa todas las cosas. Recuerda. Y no tengas miedo.

ELLA.— Vaya, parece que sigue lloviendo. Qué noche tan extraña... ¿Hacia donde...? ¿Oiga? (*ELLA observa a su alrededor. ÉL ha desaparecido.*) ¿Oiga? ¿Perdone, no habrá visto...?

ACOMODADOR.— Cerramos ya. Dentro no hay nadie.

ELLA.— Claro. (*Pausa.*) Gracias.

(*ELLA sale de escena. Sonidos de una ciudad nocturna. A lo lejos, las puertas de un cine que se cierran. Sigue lloviendo. Oscuro.*)

---

(*Noche de lluvia, a la salida de un cine de barrio. ÉL y ELLA. ÉL se parece a Antonio Resines. ELLA, a Carmen Maura.*)

ELLA.— Sí, la peli está bien... Pues lo que te decía. Lo peor es el cansancio. Total, te dices, en casa se está bien. Costó tanto... Tanto esfuerzo, tantas luchas, tantos contratos de letra pequeña y con tantas trampas... Y el puto aval, porque sin aval no eres nadie, y la hipoteca a veinticinco años, qué le vamos a hacer...Y las dichosas facturas que se hicieron grandes y pesadas. Tanto esfuerzo por un pequeño piso en lo alto de un edificio sin ascensor. Y así, un día, piensas que total, no merece la pena. Da pereza. Alquilas una peli... Y a veces ni eso. Acabas tumbada ante la tele, viendo anuncios de viajes a Santo Domingo, con palmeras perfectas, palmeras impecables en el papel de palmeras. Y entonces te dices “estaría bien”, pero te ves en el aeropuerto, en plena huelga de pilotos, esperando, la gente gritando al de información, porque cada vez la gente grita más, echando de menos el sillón de tu casa y los anuncios de palmeras, y no hacer nada, absolutamente nada... Así que te da aún más pereza y lo dejas para el día siguiente. Y el siguiente del siguiente. Y así pasan muchos días. Y cuando por fin te espabilas, no quedan plazas en ningún hotel del mundo, y vuelos menos todavía... Así que vuelves a casa y te plantas ante el televisor para disfrutar de los anuncios de viajes que no harás nunca, atontada y dormida. (*Pausa.*)

ÉL.— Ya. ¿Y qué piensas hacer?

ELLA.— ¿Hacer?

---

ÉL.— Sí.

ELLA.— No sé.

ÉL.— Ya.

(*Silencio.*)

ELLA.— Es que estaba harta de pagar alquileres. Te pasas la vida dando la mitad de tu sueldo, que digo, más, a un casero, para que ni te desgrave ni sea tuya la casa.

ÉL.— Claro.

(*Silencio.*)

ÉL.— (*Para sí.*) ¿Y qué esperabas? ¿Que te cayera del cielo? O uno pone de su parte, o nada de nada. Excusas, excusas... Si es que... Mucho quejarse, pero no quiere cambiar. Eso es lo que le pasa. Que no quiere cambiar. Que le cuesta. A todos nos cuesta. Pero hay que hacerlo.

ÉL.— (*A ELLA.*) A mí lo que me cuesta es tirar. No sé si me explico, tirar. Tirar de las cosas, de las situaciones... Tirar del carro. Que todo sea el resultado de tirar p'álante, del esfuerzo, nada es gratuito, nunca interviene la suerte, todo pesa, todo hay que peleárselo, a base de curro, a base de estar ahí, día tras día, pendiente para que las cosas salgan, porque si no estás pendiente y al menor descuido, ¡zas! Se viene abajo, todo se viene abajo y hay que volver a empezar, empezar de cero, desde el principio, desde la nada... Estoy rodeado de mediocres que no pegan ni golpe y luego quieren ponerse las medallas. No sé... Podría ser más fácil, ¿no? (*Pausa.*)

ELLA.— Ya. ¿Y qué vas a hacer?

ÉL.— ¿Hacer?

ELLA.— Sí.

ÉL.— No sé.

ELLA.— Ya.

(*Silencio.*)

ÉL.— Si mi jefe lo sabe. Lo sabe de sobra. Pero no da abasto. Él

---

también está asumiendo demasiadas responsabilidades, tiene muchos problemas, toda la fusión depende de él...  
ELLA.— Claro.

*(Silencio.)*

ELLA.— *(Para sí.)* ¿Y qué esperabas? ¿Que te cayera del cielo? O uno pone de su parte, o nada de nada. Excusas, excusas... Si es que... Mucho quejarse, pero no quiere cambiar. Eso es lo que le pasa. Que no quiere cambiar. Que le cuesta. A todos nos cuesta. Pero hay que hacerlo.

*(Silencio.)*

ÉL.— Bueno. ¿Te apetece que tomemos algo?

ELLA.— Mejor otro día.

ELLA.— *(Para sí.)* Qué pereza.

ÉL.— Sí. Yo también estoy cansado.

ÉL.— *(Para sí.)* Menos mal. ¡Con la que me espera mañana!

ELLA.— Venga.

ELLA.— *(Para sí.)* El caso es que... Pero no. En casa se está bien. Y éste sólo sabe quejarse.

ÉL.— Ya nos vemos otro día.

ÉL.— *(Para sí.)* Una caña rápida... No, que luego se enrolla con lo de su casa.

ELLA.— Hasta luego.

ÉL.— Adiós. Un día de estos...

ELLA.— ¿Sí?

ÉL.— Podías venir a buscarme al trabajo. Así salgo antes.

ELLA.— Y salimos por ahí. ¿Te parece?

ÉL.— Bueno.

*(ÉL y ELLA salen de escena. A lo lejos, se escucha la tormenta que arrecia, entremezclada con la melodía de "Abre los ojos".)*